



Esmeralda Berbel

Taller de escritura
para niños y
adolescentes

Cubierta

Prólogo

1. Nuestro primer día de clase

Presentación

Objetivos

La creatividad

2. El placer de enseñar

La escucha

La empatía

3. El taller de escritura

¿Qué es una consigna?

Lo que escribo no es lo que me pasa

El aula

¿Qué necesitamos?

Acerca de la lectura

4. Consignas para los más pequeños

La línea imaginaria

Inventar una palabra

El día de hoy

Como algo y me transformo

La carta

La escritura automática

¿Quién soy?

Flor inventada

Cajitas de palabras

El juego del diccionario

El abecedario poético

Zoom

Me lo decía mi abuelito, me lo decía mi papá...

Mi primer recuerdo

Inventar una profesión

Escribir un cuento

Elegir un poema

Haikus

- Ruleta de palabras
- Escribir en grupo
- El cadáver exquisito
- El juego de las instrucciones
- Los porqués
- Inventar una pócima mágica
- Las palabras recortadas
- Qué te llevarías a una isla desierta
- La lectura en grupo
- La experiencia sensorial
- 5. Consignas para los jóvenes
 - Yo, tú, él, nosotros...
 - El diario
 - Yo soy I
 - Yo soy II
 - Biografías
 - La entrevista inventada
 - La carta
 - El narrador testigo
 - El narrador protagonista
 - El tú o el usted
 - Jugar a cambiar el punto de vista
 - El narrador cámara
 - Mi monólogo interior
 - La noticia
 - Lluvia poética I
 - Lluvia poética II
 - Mi cuento preferido
 - Juego de palabras I
 - Juego de palabras II
 - Sacar a un personaje de un libro
 - SMS
 - La imagen y la repetición
 - La acción en el relato
 - Continuar una historia
 - Mi barrio

Lluvia musical

Me inspiro en los maestros

La sinestesia

¿Qué palabra soy?

Figuras retóricas

Yo en el espejo

Recetas literarias

El primer cuento que me contaron

Historias para no dormir

Me invento la historia de los signos

Escribir un cuento

6. Los jóvenes escritores

Bibliografía

Créditos

Alba Editorial

Esmeralda Berbel (1961) estudió filología hispánica en la Universidad de Barcelona. Es autora de *El hombre que pagaba noches enteras* (2000), *Trátame bien* (2004), *Alismas* (2006), *De qué hablamos las mujeres cuando hablamos de lo que nos importa* (2008), *27 de septiembre. Un día en la vida de las mujeres* (2008) y *Lo que piensan las adolescentes* (2010).

Ha sido merecedora del premio de la Asociación de Mujeres Progresistas de Montserrat Roig por el cuento «Albahaca» en 2000 y «Amapolar» en 2002. En 2006 «Arborecer», otro de sus relatos, recibió el premio de narrativa de mujeres de Terrassa.

En la actualidad, imparte talleres de creación literaria para adultos y niños en la Escuela de Escritura del Ateneo Barcelonés y en otros centros públicos y privados.

Prólogo

Escribir con niños, con jóvenes, con adolescentes, es uno de los grandes regalos de mi profesión. Hace un tiempo una mamá me propuso iniciar un grupo de escritura creativa con niños de seis y siete años. Era un desafío porque algunos hacía poco que habían empezado a escribir, aunque para mi sorpresa ya eran lectores, leían con avidez y empeño sus primeros cuentos. Dije que sí a lo que iba a ser, sin duda, una experiencia, un reto. Y no solo para mí: también para ellos era su primer taller de escritura creativa. Empecé con las consignas más sencillas como es escribir una carta, inventar palabras o narrar el día de hoy y enseguida me di cuenta de que podía adaptar cualquier propuesta adulta a su generosa imaginación. No hubo consigna que se les resistiera; ellos, a su manera, se expresaban con las metáforas más sorprendentes y jugaban con la sinestesia y los puntos de vista como si fuera lo más natural del mundo.

Hubo una niña que se apuntó sin saber apenas escribir, me dijo que ella podía dibujar lo que yo dijera. Acepté. En la propuesta epistolar me pidió que le enseñara a escribir lo que ella quería decir y ésta fue su carta:

Querida mamá, te amo.

Ese año también di un taller intensivo en una escuela de primaria a niños con edades comprendidas entre los siete y los

doce años. Lo único distinto en mi propuesta de iniciarles en la lectura y escritura de prosa y poesía fue que modifiqué algunos aspectos a la hora de enseñar: nada de técnica, nada de teoría. Que el poema o la prosa les llegara por otros sentidos y sobre todo que no solo fueran «poemas para niños», «lecturas para niños»; es evidente que por edad y falta de experiencias no pueden acceder a algunos textos, pero sí son capaces de percibir, sentir y jugar con prosas arriesgadas y poemas sencillos y profundos como los haikus. La experiencia en la escuela fue, desde mi punto de vista, conmovedora. Los niños que se negaban a escribir empezaron a hacerlo y a levantar la mano para leer lo que habían escrito. Y me di cuenta de que es desde ahí, desde la experiencia vital de la palabra y el juego, que pueden comprender la diversidad de posibilidades que les ofrece la escritura y la importancia de expresarse a través de la palabra.

Los jóvenes, los adolescentes, para quien también va dirigido este libro, gozan de una frescura a la hora de plasmar su mundo que siempre me desconcierta. Son atrevidos y no se censuran si una mano guía les ayuda a contar todo cuanto quieren decir. Como todo escritor joven o no tan joven, necesitan, a la hora de escribir, una mirada comprensiva que les deje cambiar la consigna, romper el lenguaje y la sintaxis y sentirse estimulados en su mundo creativo.

El taller de escritura creativa es un lugar básicamente lúdico en el que el profesor acompaña al alumno a descubrir su propio universo, el cual es siempre individual, rico y cambiante.

ESMERALDA BERBEL

1

Nuestro primer día de clase

En los talleres de escritura el primer día de clase es tan importante como cada uno de los días que vendrán después; sin embargo, posee una cualidad única: la de ser el primero. Y la forma en que el educador presente este primer día marca una impronta a veces definitiva en el niño y en el joven. Para mí la calidad del encuentro tiene que ver, principalmente, con el deseo: tener ganas. Ellos y nosotros. Debemos tener ganas de aprender con ellos, de enseñarles, de abrir las infinitas posibilidades que tiene el juego, el lenguaje, la expresión. Y, sobre todo, no olvidar que el aprendizaje es mutuo.

No sabemos con qué expectativas llegan los alumnos a su primer día de clase, cuáles son sus deseos, qué les gusta leer, qué escriben, si se han apuntado al taller libremente o es más una decisión de los padres... Todas estas cuestiones están en la mochila y algunos al principio ni se atreven a hablar. Éstas son las preguntas que me hago y que les hago a los alumnos en nuestro primer encuentro y son las que deseo resolver antes de empezar a escribir.

El profesor que va a iniciar un taller de escritura creativa sabe que entra en un terreno privilegiado porque a todos, niños, jóvenes y adultos, nos gusta que nos cuenten historias. Y eso es precisamente el taller de escritura creativa: contar y que nos cuenten historias.

Presentación

Me gusta iniciar el taller diciendo a los alumnos que nos vamos a presentar de una forma distinta. Éstas son las pautas que les sugiero y dejo que añadan alguna de su cosecha. En general suelen añadir cuántos hermanos son, a qué se dedican sus padres, qué quieren ser de mayores, cómo les gusta pasar su tiempo libre...

- Nombre real y nombre con que prefiere que le llamen.
- Edad.
- A qué colegio va y qué aprecia más de su escuela.
- Cuál es su libro preferido y su personaje o personajes preferidos y por qué.
- Qué película vería una y otra vez.
- Si tuviera que definirse con un color, ¿cuál sería?
- Y para finalizar debe pensar en un adjetivo que le represente y decirlo gesticulando.

El profesor también se presenta de este modo.

Objetivos

El objetivo de un taller de escritura es escribir. El enfoque es lo que varía: el dónde, el cómo y el porqué se escribe. No hay que perder de vista estas preguntas para recordarnos que el proceso es lo más importante, de él depende que los niños y los jóvenes aprendan, estén estimulados, deseen escribir, leer y participar creativamente en el taller.

Suelo pasarles una ficha en la que cada alumno escribe sus datos, su relación con la lectura y con la escritura, cuáles son los libros que ha leído y cuáles son sus objetivos en este taller.

Es muy curioso cómo los más pequeños suelen responder que su objetivo es aprender, saber más; los mayores añaden

que lo que quieren es pasárselo bien. Creo que en la enseñanza de los niños disfrutar y aprender van de la mano, y los jóvenes me lo recuerdan, por si acaso.

Cuando todos han concluido su ficha, comentamos una última cuestión: qué desean, cuáles son sus objetivos. El profesor también comunica sus deseos, la importancia de pasárselo bien, de escucharse unos a otros y, también, a uno mismo. Y les explica que hay que tener muy presente que todos y cada uno de nosotros somos ya grandes narradores. ¿O no estamos a menudo contando e imaginando historias? Pues ahora vamos a aprender a expresarlas por escrito.

La creatividad

El deseo de crear es un estado natural en el niño. En mi experiencia como profesora y como madre he podido observar que al niño y al joven les bastan dos palabras para que empiecen a inventarse una historia, un juego o un lenguaje propio. Son creativos por naturaleza y muestran su deseo de investigar y aprender en cualquier acto pequeño y cotidiano. Siempre me admira cómo se entregan a experimentar, a desplegar las posibilidades de una historia real o imaginada, y cómo se esfuerzan –cuando están motivados– a transmitirla a partir de la consigna propuesta. Sus ideas y narraciones suelen ser muy originales y, cuando se les permite, demuestran una forma excepcional de comunicarse. Es con esta actitud positiva con la que el educador inicia lo que va a ser un largo encuentro con el alumno y consigo mismo en el arte de escribir.

¿Fácil? A veces sí y a veces no. Cada niño es un mundo y llega a nosotros con sus deseos y sus frenos, con su generosa imaginación y, en ocasiones, con el temor de expresarla. Durante los primeros días de clase, ante la propuesta a escribir, sus preguntas suelen ser: «¿Puedo inventármelo?» «¿Puedo cambiar una cosa?» «¿Puedo hacerlo diferente?» «¿Puedo po-

ner nombres...?». Y así hasta que, en una tercera o cuarta clase, ante el inicio de la pregunta: «¿Puedo...?», otro alumno se adelanta y responde: «Sí».

A partir de aquí todos sabemos, ya cómplices, que en el taller está permitido ser libre escribiendo.

2

El placer de enseñar

Cuando un profesor se apasiona enseñando un poema o un fragmento en prosa a sus alumnos, sin duda se encontrará a la vez con una mirada atenta y deseosa de entender eso que a su maestro tanto le gusta. Por eso siempre digo que la enseñanza y el aprendizaje son mutuos. El alumno es un espejo en el que el educador se mira y se encuentra con la mirada, no hay truco, ni artes de prestidigitador.

Llevo unos cuantos años enseñando, pero antes de ser profesora he sido alumna, muchos años. Me he sorprendido más de una vez cautivada por materias que en un principio no me interesaban, y eso tenía que ver con un maestro que, además de preocuparse por impartir la clase de una manera lúdica e interesante, se preocupaba por los deseos y necesidades de sus alumnos. Y al revés, materias que estaba deseosa de aprender se me han hecho pesadas y aburridas ante un maestro cansado y nada entusiasta.

A veces, la materia, la asignatura o la consigna no es interesante en sí misma, sino que lo es por cómo el profesor la explica y la transmite.

Por supuesto que no todo depende siempre del profesor y, por lo mismo, tampoco siempre del alumno. Hay excepciones, alumnos muy difíciles a los que hay que prestar más atención. Sin embargo, incluso con las dificultades que aparecen

en algunos grupos, creo, o apuesto por ello, que el arte de comunicar y transmitir es únicamente responsabilidad del maestro. Y que el arte de enseñar conlleva en sí una actitud entusiasta y placentera; de lo contrario, el profesor solo estará pasando información y el alumno podrá llegar a sentir que lo que le enseñan merece la pena ser aprendido. Si se les sabe llevar, aquellos alumnos más conflictivos que aparentemente entorpecen la clase, se mostrarán después muy agradecidos por haber confiado en ellos. Es un reto para el profesor conseguir estar cerca de los que presentan más dificultades. Además, no hay clase sin conflicto, como no hay cuento sin nudo, sin trama ni desenlace.

A medida que el taller de escritura creativa avanza, suelo proponerles a los alumnos que hagan de profesores. Cambiar el rol es muy importante; así se dan cuenta de muchas cosas a la vez que aprenden a enseñar, y el profesor puede relajarse y disfrutar siendo, por unas horas, un joven alumno. Todos sienten el placer de enseñar y de aprender.

La escucha

*Todo lo que voy a escribir ya está, de alguna manera,
escrito en mí.*

*Tengo que copiarme (escuCHARme) con una delicadeza de ma-
riposa blanca.*

CLARICE LISPECTOR

Escuchar plenamente al niño, al joven, es una de las actitudes más importantes para poder enseñar. Escuchar significa poder tener en consideración al otro, dejar de controlar y no estar pendiente de responder, sino de comprender.

La creatividad posee una naturaleza propia y en cada niño se muestra de diversas formas, de ahí que el profesor se planteé ofrecer un espacio amplio para la escucha, para que el joven pueda mostrar sus dudas, sus necesidades de cambiar la

consigna, de hacer algo diferente e incluso de iniciar algo que el alumno no sabe demasiado bien qué es. Si el joven se siente escuchado por su maestro, es probable que también pueda escucharse a sí mismo y seguir esa voz, ese flujo interno que lo lleva a escribir a partir de ese aparente no saber. De ese irse descubriendo.

La empatía

El profesor participa de las emociones, los logros, errores y aciertos del proceso de aprendizaje del alumno. Escribir es también abrir el corazón, volverse vulnerable, escribir mal, tener ideas que no llegan a cuajar, tener días en que no sale nada, en que no hay inspiración, y otros en que todo fluye; todo eso forma parte del proceso creativo, del cual participa no solo el joven escritor, sino también el profesor. Es importante que en todo momento el educador se muestre empático con el niño, que recuerde lo difícil que es, la mayoría de las veces, escribir, y que sustente al niño, que le comprenda y le anime aunque ese día solo haya conseguido escribir una frase. El temor y la inseguridad aparecen con mucha frecuencia en los talleres de escritura: «No sé hacerlo», «No lo entiendo», «Ya lo he intentado y no me sale»; es más importante desplazar a ese censor interno cuantas veces surja que presionar al niño a que haga el ejercicio. Eso no significa que no haya que ser exigente; un buen profesor sabe cuándo puede hacer una crítica constructiva y cuándo es mejor esperar o no hacerla. Como ya dije anteriormente, el proceso es más importante que la meta, porque el resultado final será la consecuencia del cuidado que se haya puesto en el proceso. Si el profesor escucha al alumno y empatiza con él, los resultados serán siempre muy valiosos.

3

El taller de escritura

Una vez aclarados y puestos en práctica los puntos anteriores, el hecho de impartir un taller de escritura creativa a niños y a jóvenes es una experiencia muy gratificante.

El taller consiste en proponer una consigna que el profesor considere adecuada e invitar a los alumnos a escribir en clase. El tiempo de escritura lo decide el maestro. En general suelen ser unos diez o quince minutos; el tiempo también lo marca el ritmo del grupo: hay veces que tardan más y es importante respetar el tiempo y la inspiración de cada grupo y, en la medida que se pueda, de cada alumno. Si hay niños que acaban enseguida, suelo darles otra tarea y así pueden esperar a sus compañeros sin aburrirse ni molestar. Cuando todo el grupo ha finalizado la escritura, el profesor les invita a leer los textos y entre todos comentan qué les han parecido, qué les sugieren, qué creen que podrían mejorar, cambiar, ampliar o suprimir. Los textos pueden seguir trabajándose en casa, si es necesario, y examinarse en la siguiente clase para ver si el alumno ha encontrado la manera de resolver algunos aspectos de su texto a partir de las reflexiones de sus compañeros. O bien dejarlos tal cual como mero ejercicio práctico.

En las primeras clases suele ocurrir que algún alumno no quiere leer en voz alta. Aunque deben tener claro que en el taller se lee y se escribe para poder compartir y mejorar, el